

“¿Acaso importa? ”

Porque de tanto cambiar, el tiempo se volvió loco, el pasado no pasó, el futuro no será nada, y el presente ya nunca es un regalo que merezca la pena mirar. Pero el hombre de ahora solo quiere vivir el presente, soñar con el futuro y arrepentirse del pasado. ¿Qué hará el pobre cuándo le digan que amanece antes o después? ¿Acaso le importa al rico que se haga de noche a las nueve o a las diez? El tiempo y el hombre solo quieren respirar en paz.

Cuento

Como cada año, Willy ha vuelto a llegar una hora antes a trabajar, porque se le ha olvidado cambiar la hora del reloj. Aunque le da rabia, piensa que así al menos evita la regañina de su jefe por llegar tarde. Mientras espera a que le abran las puertas, se va a dar un paseo por el parque y se pregunta por qué habrá que cambiar la hora no una, sino dos veces al año. Después de darle muchas vueltas observa que empieza a amanecer, y se da cuenta que así no se pasa durmiendo las pocas horas de luz que llegan en invierno. “Seguro que las plantas serían las que más lo agradecerían si tuviesen que ir a trabajar como yo” se dice mientras corre al trabajo, porque el tiempo pasa volando y ya llega tarde.

DESGRACIA DEL CONOCIMIENTO

Hay algo que debiste aprender hace mucho, el tiempo es infinito para el hombre esclavizado. La sensación de que las horas vuelan solo la tenemos algunos afortunados. Desgracia de nuestro tiempo y conocimiento de los más sabios.

Preguntarse qué hora es, es estúpido, no tiene ningún significado. Preguntar ¿qué hora dices que es? denota control sobre el tiempo. Se espera una respuesta reflejo de las sensaciones del momento, más allá de unos simples números.

Dejemos de dar números y aplicar definiciones. Construyamos nuestros propios sistemas de referencias capaces de hacernos viajar en el tiempo. Huyamos de la ciencia exacta.

-Despiste-

-Las cuatro y diez – dijo consultando su móvil. La respuesta del transeúnte golpeó con violencia mi pecho. Después de años de investigación, de docenas de intentos y fracasos, estaba convencido de haber fabricado, al fin, una máquina del tiempo perfecta. Decidí probarla viajando sesenta minutos hacia el futuro, pero las palabras de aquel desconocido a quien pregunté la hora me derrotaron completamente. Otra vez había fallado. Sentí entonces el peso de una vida desperdiciada persiguiendo una idea loca y regresé a mi almacén dispuesto a acabar con todo. Quemé mis apuntes. Borré mis archivos. Desmonté, trituré y arrojé al río cada pieza de mi invento. Demasiado tarde me di cuenta de qué fecha era y de que, como sucede siempre durante la madrugada del último domingo de octubre, a las tres, de nuevo, habían vuelto a ser las dos.

EL CÉSAR LO PUEDE TODO

Lucio Flavio miró el reloj de sol en el foro de Roma. La sombra del gnomon indicaba exactamente el mediodía.

- Valeria, sé que has aprendido mucho de ese filósofo ateniense, mentor de tu padre. ¿Tú crees que en Filípolis, mi ciudad natal, es también mediodía en este momento?
- Seguro que no, Lucio. Tracia está mucho más al oriente, así que allí el mediodía ha sucedido ya. El Sol camina de oriente a occidente y no pasa por encima de dos lugares a la vez.
- Pues no sé si me gusta. Si alguna vez llego a ser César, ordenaré que sea la misma hora en todos los rincones del Imperio.
- Pero Lucio, ¿cómo podrías hacer eso? ¿Acaso gobierna el César el movimiento del Sol y de los cielos?
- Quién sabe, Valeria. El César lo puede todo. Y quizá hasta eso.

El ratón y el gato

Érase una vez un ratón con aires melancólicos que apareció un día en la ciudad para quedarse ahí para siempre. El resto de animales que intentaban hablar con él siempre recibían la misma respuesta:

-¿Qué hora dices que es?

Nunca sabían responderle porque todavía no se han visto animales con relojes y estos no van a ser una excepción. Así que se ganó fama de loco.

Había un perro simpático que solía hablar al ratón. Y un día le preguntó:

-¿Por qué esta obsesión con la hora?

-Verás, un día me enamoré de una gata y me dijo que me esperaría aquí a la hora de la cena. Probablemente me quería cenar, literalmente, pero como buen enamorado fui. Sin embargo, no ha aparecido y creo que ya ha pasado la hora, pero no lo sé. Ojalá me hubiera comido.

“El viejo sótano”

En el viejo sótano de una casa de verano encontré un baúl envuelto en polvo, con libros antiguos, revistas de la época, relojes de bolsillo... Pero cuando veo el baúl veo a mi abuelo combatiendo en la guerra, a mi abuela llorando porque su marido no ha vuelto todavía a casa o a mi padre llevando una rosa a la tumba de su padre. En un cofre cabe el tiempo, con sus horas, minutos y segundos. Esas horas no cambian, esos minutos pasan y esos segundos siguen siendo eternos. Mi abuelo sigue combatiendo en una guerra, allá en el cielo, mi abuela sigue llorando porque mi abuelo no ha vuelto todavía a casa, mi padre sigue llevando una rosa a la tumba de su padre y el viejo baúl sigue estando envuelto en polvo en el viejo sótano.

“En ese instante”

Unos duermen, otros ríen, piensan, descubren...Qué importa que hora sea si cada uno estará haciendo algo diferente.

Nadie conoce con certeza el segundo exacto en el que algo sucederá, mas todos han soñado con ese justo momento. Puede que estén cayendo los primeros copos, que ya sea verano...pero lo que está claro; es, que en cada sitio será distinto al mismo tiempo.

Cuando te atrapa, no lo esperas; siempre estará esa incertidumbre de saber si es el lugar y el minuto perfecto para que se congele; el tiempo.

Aprovechar, gastar o perder minutos. Para qué pensar, para qué mirar el reloj; no volverán.

¿Hora de qué?

Llegué a casa tras una larga guardia en el hospital.
Me tiré en el sofá y encendí la tele.

No era la primera vez que me sentía así, con esa extraña sensación de no saber que te pide el cuerpo.

¿Comer?

¿Dormir?

Las 8:33 de la mañana. No era hora de ninguna de esas cosas pero en la tele daban un programa de cocina y todo parecía delicioso.

Entonces pensé que, en alguna parte del mundo, alguien estaría comiendo en ese momento. Sería la hora de comer allí. Y, si ellos podían, ¿por qué yo no? Sólo nos separaban unos ridículos kilómetros.

Me dije que no tenía sentido eso de...

“es la hora de comer”,

“es la hora de dormir”.

Terminé los restos de pizza del día anterior y me acosté feliz de seguir, por una vez, mi reloj biológico.

Hoy no cenamos en Berlín

El año pasado nacieron más niños en España que hace dos. Las demográficas se ilusionaron, ¿vuelve la natalidad? No, simplemente se retrasaron los relojes en agosto, para pasar al horario de invierno permanente. Y no fue lo mejor: ahora estamos en el Guinness como el país europeo con la historia reciente más larga ¡una hora más que nuestros vecinos! Pero eso solo nos hace pasar hambre fuera de aquí. Y no es que echemos de menos la paella o la tortilla. Es que, para no perdernos, contamos cinco horas desde que anochece en diciembre, a las 4, hasta cenar. Hace poco estuve con unos amigos en Berlín. En cuanto dejamos de ver el Sol, encendimos el crono. Cuando acabó, fuimos al centro. Ni una *Kneipe* abierta. Todavía no entiendo cómo al volver había tantos cafés sirviendo *croissants* a esas horas.

La hora del Sistema Solar

La actividad en Calisto era inusual. Se estaba llevando a cabo la cumbre interplanetaria para decidir sobre la unificación de la hora en el Sistema Solar. La llegada del ser humano a otros planetas había acarreado un sinfín de problemas para determinar qué horas se correspondían con cuáles o cuánto tiempo había transcurrido en cada uno de ellos. Las discusiones no cesaban intentando buscar algún punto en común, pero era imposible, los pueblos estaban ya muy arraigados a sus propios planetas y se negaban a tomar como referencia el año y día terrestre. El representante de Venus gritó: “He vivido más días que cumpleaños he celebrado, no me importa qué hora sea”. El terrestre, se levantó y se acercó a la ventaba suspirando: “Ojalá todo fuera tan fácil como la decisión entre el horario de verano e invierno”.

La hora mágica

Cuando éramos pequeños, y no entendíamos por qué en octubre y marzo nuestro biorritmo se alteraba, nos explicaban (y parecía lógico) que se debía al ahorro energético. Resulta que ahora vienen los expertos y... ¡tiene efecto nulo! Así que, por qué no, quitémoslo. Destrochemos esa perfecta noche de octubre con una hora más. Y bien, ¿qué les diremos a las parejas que se conocieron entre las “nuevas” 2 y las 3? ¿Que corten? ¿Y la estudiante que preparó un examen en ese intervalo? ¿Suspende? Vale, esto no tiene importancia, pero... ¿qué pasa con el tipo que batió su récord del cubo de Rubik justo entonces? Vayamos a marzo, ¿qué excusa pondrán ahora quienes lleguen tarde toda la semana por “falta de sueño”? No cuenten conmigo para arreglar todo este desaguisado. Lo tengo claro: dejemos en paz al reloj.

La visita

-Mi marido vendrá a verme a las cinco y media. –Dice Manuela.

Un hombre mayor asiente con interés empujando la silla, saliendo del edificio.

- Me va a llevar a pasear por el parque.

El hombre vuelve a asentir mientras reconduce, con esfuerzo, la pelota que a un niño se le ha escapado.

- A veces no entiendo por qué no viene a verme... ¿Qué hora dices que es?

Las Pi y 23

Pio pio.

¿Qué hora es?

Son las Pi y 23.

¿Cómo puede ser?

Porque el sol ya calienta aquella mies.

Y en Canarias, ¿qué horas son?

Son las dos y dos.

¿Kikirikooooo? ¿Ya les da el sol en el plumón?

Sí. El mundo es como un huevo, pero sin sombrero. Cuando amanece en el gallinero, oscurece en el conejero. Cuando duerme el oso, corre el raposo. Cuando la tierra gira, un nuevo día se avecina.

Y entonces mamá pularda, ¿qué hora es en las Landas?

Tras aquellas montañas aún es ayer, aunque tú mijito no lo puedas ver.

¿Y cómo sabes tú todo eso sin hacer la ESO?

Por el sol. No veo tres en un burro pero uno y uno son dos.

¡Pues yo quiero un reloj!

¡Eso es cosa de humanos!

¿Qué hora dices que es?

Preguntaba la anciana cuyos cuerpos de Lewy comenzaban a deteriorarse a pasos agigantados. Últimamente se sentía cada vez más aturdida.

Apenas discernía si era de día o de noche. La bruma había invadido los alrededores de su humilde casa y era verdaderamente difícil para el ojo humano saber qué hora era sin la ayuda de un cronógrafo.

El cambio de hora no facilitaba nada la orientación temporal y su enfermedad le impedía recordar qué relojes había atrasado ayer. Apenas le importaba, pues las horas corrían lentamente y la vida se le estaba escapando a cada suspiro.

Ella encontraba curioso que el tiempo, que tanto corría en el pasado, se hubiera ralentizado en el presente. Ahora veía a los relojes tediosos y monótonos.

¿Qué hora dices que es? Le preguntaba la tierna anciana a su nieto, sin ser capaz de reconocerle.

SOL

Hoy Sol se levantó temprano, cumplió con su rutina diaria y cuando por fin ya pudo disfrutar de su tiempo libre, se hizo tarde y se tuvo que acostar.

Hoy Sol se ha dormido, ha estado un poco perezosa y se ha levantado tarde, ha cumplido apresurada con su rutina diaria y después ha podido disfrutar de su tiempo libre, porque hoy se acostará más tarde.

A Sol no le gustan los horarios, prefiere levantarse con el canto del gallo y acostarse con el del búho. Sol vive, siente, ríe, descubre, disfruta sin prestar atención a la hora que marca el reloj.

Y nos dieron las uvas, cuatro veces

“Son las cinco en el centro peninsular, las seis en Catalunya y Baleares, las cuatro en Galicia y las tres en Cana...”. ¡Buf! Apago la radio, no puedo con esto de las horas. Desde que cambiaron el sistema, ya no adelantamos y atrasamos los relojes dos veces al año...¡pero esto es peor! El jueves quedé para hablar por Skype con una amiga, asturiana. Como somos clásicos, fijamos una hora para la llamada y punto. Pero olvidé decirle que pasaría el día con mis padres, en Tarragona. ¡Error! Lo advertí, y me conecté una hora más tarde. Total, encendí el aparato y allí no había nadie. A la noche, me llamó diciéndome que estaban en Ribadeo. Frontera cruzada, caos asegurado. Así que he decidido venir a un concierto, para desconectar.

- Lo siento, señor, llega usted tarde.
- Espere... ¿qué hora es?

Euluss , el ciclope del tiempo

Las sombras del verano comenzaban a tinter los bosques de la pequeña aldea de Trebon. Aquel despierto verde ya caía en favor del naranja melancólico, símbolo de la región de Vintas. A la par los Trebones afilaban sus ideas en previsión del día que ya comenzaba.

La corneta anunciaba la llegada de Euluss, el ciclope del tiempo. Cuentan las lenguas antiguas que desde el alba de los tiempos, Euluss recorre cada aldea de Vintas con el propósito retrasar una hora el reloj. Dicho ciclope ,de unos mil pies, es el último ser, conocido , capaz de alcanzar el reloj de los campanarios(si nadie sabe quién los construyó).

Este “octubrino” día comienza con la charla de los sabios de distintas sectas. El sabio de los naturales afirmo que los suyos amaban la pesca mañanera y precisaban de mas luz, el sabio Zentero confeso que los gremios también requerían de luz mañanera para faenar agusto al alba, don Realon estaba indeciso y dejo hablar a sus dos consiglieri. RaZonio propuso que se observaran los pros y contras de la actuación de Euluss y a partir de ahí se tomara una decisión. Por otra parte, su hermano, IrraCio mostro su debilidad por los paseos melancólicos de las 8 y los helados rosiclere, anaranjados por influencia de la puesta de sol. Por último, don Complejiano dijo que comprendía todas las posturas y que el tenía la suya pero que no le era sencillo comunicarla. //Clongg....Clongg...una vez mas Euluss lleugo antes que la decisión final.